

ción en los extranjeros ver en el Jefe del Estado encarnada la paz de que se disfruta y á cuya sombra prosperan aquí propios y extraños? Los hijos de pueblos bien organizados se encontrarían satisfechos y tranquilos en un cacicato?

Entre los innumerables testimonios que podríamos aducir para probar al señor Bunge que son los extranjeros los que con más interés ven la obra y reconocen los merecimientos del General Díaz, citaremos uno nada más, el más reciente.

Un distinguido diplomático europeo que representó á su soberano há pocos años en México, y que tuvo sobrados motivos para estudiar de cerca al estadista y al caballero, nos dice en carta de 27 de Octubre último:

“Mucho me interesaron las noticias que leí en los impresos que me envió usted, relativas á las fiestas en honor del General Díaz; primero por el cariño grande que á este señor profeso, y segundo, por el placer que ocasiona ver á un pueblo feliz tributando un leal y entusiasta agradecimiento á aquél á quien debe su dicha y bienestar. Es un caso hoy único y que rara vez se registra en la historia. ¡Dichosos ustedes y dichoso su Jefe!”

Este juicio sincero, espontáneo, desinteresado, expuesto confidencialmente, dice con elo-

cuencia mucho más que cuanto nosotros podríamos exponer para demostrar que, excepción hecha del autor de *Nuestra América*, nadie moteja al pueblo mexicano porque ve en el General Díaz no á uno de tanto caciques como menciona el señor Bunge, sino á un Jefe de Estado que ha sabido conquistar la gratitud de todo un pueblo.

XII.

No se detuvo allí el señor Bunge. A seguida de las líneas que acabamos de refutar, dice:

“Llamo, pues, *política criolla* á los tejes y manejes de los caciques hispano americanos entre sí y con sus hordas, cuyo objeto es siempre conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia, sino por el placer de mandar. Por falta de móviles elevados, la política criolla,— política interna naturalmente,— es de una fe púnica.”

La política mexicana en los días que corren, está bien lejos de poder merecer las inculpaciones que dirige el señor Bunge á la política criolla en general y con tan virulento lenguaje. La política mexicana se concreta á procurar el progreso y el engrandecimiento de esta fracción del Nuevo Mundo, abriendo sin cesar nuevas

fuentes de riqueza, consolidando el crédito de la Nación en el extranjero, respetando todas las creencias, propugnando á toda hora por dos grandes ideales: paz y trabajo.

No se haga eco el señor Bunge de los contados escritores mexicanos que no trepidan al calumniar á los que mandan tan sólo porque ellos no han sido llamados á los primeros puestos. Las vociferaciones de la ambición desapoderada nunca han sido aceptadas como verdades indiscutibles por los escritores serios de los pueblos civilizados.

La administración pública en México no está en manos de un cacique y de una horda, y para decirlo no necesitamos pensar ni remotamente que en lo que designa el señor Bunge por *nuestra América* exista una República á la que con justicia, con pleno conocimiento de causa, pueda marcarse con tan negros y crueles estigmas. No intento presentar aquí un inventario de lo que México ha alcanzado merced á una ilustrada y enérgica administración, pues para ello tendría que escribir un libro más extenso que el del señor Bunge, y por lo mismo, pasando por alto muchas otras inexactitudes del fustigador de las Repúblicas hispano americanas, diré unas cuantas palabras sobre cuál es el origen de la actitud presente del pueblo mexicano, y por qué,

éste, satisfecho y tranquilo, vive ajeno á las perturbaciones que en no muy lejana época le empobrecieron y le desacreditaron.

Enmancipado del dominio español en 1821, el pueblo mexicano, en los tanteos por constituirse, empleó más de cuarenta años, que transecurrieron en medio de las luchas más cruentas y de los desaciertos que son inalienables á la inesperienza de todo pueblo joven. Ensayáronse todos los sistemas políticos, proclamáronse las más opuestas ideas, predominaron en períodos más ó menos cortos los caudillos que encarnaban esas ideas, y llegó México á ser considerado en el exterior como el país ingobernable por excelencia. La guerra civil con su espantable cortejo de calamidades hizo imposible el progreso, y más aún, sembró la anarquía á grado tal, que la vida misma se hacía difícil, ya no el bienestar y la prosperidad.

Como si tantos males no fueran bastantes, la República vecina del Norte, abusando de la debilidad de México empobrecido, desangrado, dividido por intestinas discordias, dió el primer paso en la senda de esa política de absorción que en nuestros días ha recibido el nombre de imperialismo, y nos despojó inicuaamente de una mitad de nuestro territorio. Consumado el despojo, no sin haber sabido conducirse México hon-

rosamente al defender su suelo, — por más que lo contrario afirmen los que no sienten rubor al infamar á su patria, so capa de ser ante todo y todo verídicos y justicieros, — la dolorosa amputación no puso fin á los trastornos de nuestro enfermo organismo, y las revoluciones continuaron.

Pasaron así algunos años más, y los que anhelaban transformar la República, rompiendo por modo absoluto con el pasado, iniciaron la más grande, si no la más larga de nuestras guerras civiles. La promulgación de la Constitución de 57 primero, y la de las leyes de Reforma poco tiempo después, produjeron como era natural, por su radicalismo, hondas divisiones entre los que profesaban principios encontrados; pero al fin las nuevas ideas triunfaron, y parecía que no estaba lejano el día de la reconstrucción. No sucedió así, por desgracia, y á pretexto de velar por los intereses de sus nacionales, tres potencias europeas envolvieron de nuevo á México en los horrores de la guerra. Tras cruentos sacrificios, la República triunfó sobreponiéndose, á pesar de lo formidable que era el poder de sus enemigos, á cuantos obstáculos estorbaron su marcha al afianzamiento de su autonomía y á la preponderancia de las ideas de Libertad y de Reforma.

Entonces Juárez, el indio humilde que por sus virtudes cívicas había asombrado á dos mundos, pensó que la hora suspirada de la reconstrucción había sonado y que sin odios ni rencores podíamos entregarnos á hacer grande á la patria que había él salvado. Pero sobrevivió pocos años á su victoria, y su sucesor no supo continuar con fe y con entereza la magna obra de que era él, sin duda alguna, uno de los más ilustres autores. De ahí la última de nuestras revoluciones, la que elevó al poder, más que por la fuerza de las armas, por la general aquiescencia del país, al General Díaz.

El General Díaz, cuya popularidad emana de sus proezas como caudillo ó Jefe del Ejército de Oriente, y que cuenta entre sus más legítimas glorias la de haber competido en los comicios con Juárez en los días en que la gratitud nacional designaba á éste último para continuar rigiendo los destinos de la Nación, el General Díaz, decimos, una vez elevado al poder por el voto de sus conciudadanos, acometió la ardua empresa que ni Juárez ni Lerdo pudieron realizar. Cómo y de qué manera su energía, su constancia, sus patrióticos anhelos se han traducido en inmensos bienes para México, no cabe decirlo en los estrechos límites de esta monografía con otro fin escrita. Pero el señor Bunge, que á lo

que parece consagra su inteligencia y su tiempo al estudio, tiene á su disposición incontables documentos, y juicios de nacionales y extranjeros, para desentrañar la verdad, para compenetrarse de la importancia de la labor del General Díaz durante su larga administración.

Si á tal estudio, pesando contradictorias opiniones, aquilatando la verdad, nada más que la verdad, se dedica el señor Bunge, encontrará la clave de la prolongación del poder del General Díaz, y dejará de atribuirla á esa pereza criolla que abomina, porque la cree la causa eficiente de todos los males de nuestra América. Verá el señor Bunge, cómo no es México un cacicazgo como él supone, ni el General Díaz un cacique progresista, pero al fin cacique, ni una horda la que con él comparte las tareas administrativas.

Tiempo es ya de que cesen de divulgarse las absurdas consejas de que por medio del terror ha logrado perpetuarse en el poder el General Díaz. Los mexicanos, sépalo el señor Bunge, sin poseer la arrogancia de que les acusa, sin adolecer por atavismos de esa pereza que por donde quiera sueña ver el escritor argentino, hace á un lado teorías y ensueños y persigue noble y empeñosamente el mejor de los ideales: el progreso en la paz, la respetabilidad ante el mun-

do, por la garantía de todos los intereses legítimos.

Hartos males sufrió México por mostrarse impulsivo, indomeñable; jacobinismo, parlamentarismo, significan ya para nosotros perturbación, desorden, anarquía, pobreza, descrédito, y consiguientemente no hay mexicano, verdadera y genuinamente patriota, que no aspire á la perdurabilidad de las ideas que informan hoy el espíritu de la Nación.

No es el actual un período de rebajamiento moral, de servilismo, de vasallaje; es un período que podríamos llamar reflexivo. Y esa reflexión hija de dolorosas experiencias, de amargas desgracias, tiene por dicha hondas raíces en la conciencia nacional y hace esperar que á esta nueva etapa sigan en lo porvenir otras, más y más fructíferas en bienes para la patria.

XIII.

No satisfecho el señor Bunge con llamar cacique al General Díaz con olímpico desdén y de falsear por completo el carácter de su gobierno, va más allá: en dos líneas, sin razón ni motivo, solamente por zaherir á los mexicanos, alude á la Sra. de Díaz, cuyo nombre por todos títulos respetable no debía figurar en una sátira mor-

daz, enderezada á los hombres que en la política ó en la administración se ocupan en la América hispana.

Nos apena tratar de este punto, y nos absten-
dríamos de hacerlo, si no temiésemos que nues-
tro silencio fuese torcidamente interpretado, es
decir, que llegara á creerse, que no podemos re-
chazar victoriosamente este ataque. Y decimos
que nos apena, porque el respeto á la mujer es
uno de nuestros dogmas, y no acostumbramos
mezclar su nombre en controversias enojosas.
Así, pues, constreñidos por la necesidad, rectifi-
caremos con la mayor brevedad posible los con-
ceptos del Sr. Bunge sobre la actitud del pueblo
mexicano en presencia de la esposa del General
Díaz:

En la página 149 leemos:

“Después del boato, el homenaje. . . . En una
cartilla gramático-religioso-política de tiempos
del tirano Francia del Paraguay, leemos pre-
guntas y respuestas como las siguientes: ¿Cuál
es el mayor crimen que puede cometer un ciuda-
dano?—Murmurar contra las autoridades de su
patria.—¿Qué debe hacer un ciudadano cuando
encuentra al Presidente de la República?—Des-
cubrirse y bajar la cabeza.—¿Y si el Presidente
se detiene?—Arrodillarse.” Y DE ESTOS HOME-
NAJES PARTICIPA LA FAMILIA DEL CACIQUE, COMO

“CARMELITA,” ESPOSA DE PORFIRIO I., EL ANGEL
TUTELAR DE MEXICO”, como Doña Encarnación
de Escurra, mujer de Rosas, la “Heroína de la
Federación,” á quien se le hicieron los funera-
les más pomposos que hasta ahora registran los
anales del Río de la Plata; y á su hija Doña Ma-
nuelita pensaron seriamente algunos fieles en
declararla, por si moría su padre, heredera de
su gobierno. . . .”

Se necesita poseer la arrogancia que el señor
Bunge atribuye á la raza criolla de todas las Re-
públicas hispano americanas, para mezclar el
nombre de la esposa del Presidente de México
en la época actual, con los nombres que acaban
de leerse. Porque,—podemos decirlo muy alto,—
aparte de que es un absurdo que no tiene disculpa,
suponer, que en los albores del siglo XX, México
se encuentre como el Paraguay y la Argentina
en las lejanas épocas de Francia y de Rosas, es
inconcebible que el señor Bunge no haya procu-
rado preguntar á los distinguidos diplomáticos
argentinos que han representado á su patria en
la nuestra, si en México se tributan á la Sra. de
Díaz otros homenajes que los que todos los pue-
blos cultos rinden á la virtud, á la bondad y á
las personales dotes de una dama que siembra
el bien donde quiera, que no se mezcla para na-
da en los asuntos públicos, y que por su modes-

tia oculta su inteligencia, su ilustración y sus bondadosas acciones. Nadie, sépalo el señor Bunge, nadie en México tiene sino respeto profundo para la dama que unió su suerte á la del General Díaz cuando éste no era Presidente de la República. Si la gratitud que se desborda de corazones bien puestos, ha estallado y estalla en frases elogiosas cuando en sociedad ó en lo privado se hace alusión á las cualidades que avaloran á la Sra. de Díaz, eso no quiere decir que se vea en ella lo que en Buenos Aires se veía en la esposa y en la hija de Rosas. Carmelita la nombran sus antiguas amigas, como la nombraban cuando era muy joven, y Carmelita le llaman todos, hasta los que nunca han oído su voz, por estimación y por cariño. La ley no concede honores en nuestra República á las esposas de los presidentes, y, créanos el señor Bunge, si los hubiera acordado, la Sra. de Díaz habría, con sumo tacto, substraído á ellos, pues una de las virtudes que más la enaltecen es la modestia. Huelga, pues, la comparación establecida en el libro *Nuestra América* y huelga por errónea y por injusta; error é injusticia que, lo repetimos, pudo haber evitado fácilmente, pues eminentes argentinos han residido en México, siquiera sea por algunos meses, durante el Gobierno del General Díaz y han sido objeto de señaladas

distinciones por parte de él y de su digna compañera, y se hallan en aptitud de decir con severa imparcialidad hasta dónde merecen ser rectificadas las ideas que el señor Bunge abriga respecto á México y á los mexicanos.

Por lo demás, no comprendemos cómo el señor Bunge, apóstol ardentísimo de la *europización* de América, haya intentado satirizar á México porque en este país se tiene en tan alta estima á una dama merecedora de universal respeto. En Francia, la esposa del Presidente de la República se ve rodeada de iguales consideraciones y únicamente los ultra radicales, los jacobinos retrasados, pretenden que el Jefe del Estado aleje de su lado á su esposa en las recepciones de los soberanos que visitan á Paris, acompañados de las suyas. A la Sra. de Díaz, amada y respetada por todos sus compatriotas y por cuantos extranjeros residen en México, no le ha dado nadie el título de *Angel tutelar* de la nación, ni aun los mismos á quienes ha prodigado los tesoros de su caridad; así como tampoco había sonado jamás en nuestros oídos, hasta que leímos el libro del señor Bunge, que se le rindan homenajes por ser la esposa del cacique, como sin embozo afirma el escritor argentino, que cree á nuestro país hundido en la degradación que reinara en Buenos Aires en la nefanda dictadura de Rosas.